

PRESENTACIÓN DEL LIBRO

La Puerta

Relatos chamánicos mexicanos



**WEBINAR ABIERTA - A CARGO DE
José Manuel Chica (Autor) y
Josep Giro (Antropólogo)**

**Martes 15 de marzo, de 18,30 a 20h.
Solicita el Link a Zoom**

[Enlace Zoom](#)

[Confirma asistencia](#)

www.eltallerdelhabitat.com

1. Martín

I

Martín Zamora lo tenía todo, o todo a lo que se aspira en una sociedad moderna: Treinta años y un buen trabajo, fabulosos ingresos, piso amplio en una ciudad mediterránea, de clima suave y se había casado eludiendo la soledad. Se decía a menudo que todo estaba bien y que tenía el control, y daba por hecho que su éxito seguiría un curso inexorable a más y mejor.

Parecía una certeza hasta que una extraña pesadilla entro en su vida. No una pesadilla nocturna, onírica, ni hecha de sombras o fantasmas. Era despierto, cuando recorría las arterias de la ciudad en horas punta, y durante los pequeños lapsos en los que no tenía nada qué hacer, se le despertaba una antigua, lejana y contundente sensación: *sabía que su vida no le pertenecía y que no era suya.*

Para coexistir con aquella usurpación, Martín tuvo que aprender rápidamente a mantener activos sus sentidos permanentemente. Por eso su vista siempre andaba cazando imágenes en las fotos de carteles y anuncios, en los letreros luminosos, la televisión, el cine, en los periódicos y revistas, o en sus creaciones interiores. Sus oídos se aferraban a las conversaciones de la gente, a los programas de la radio, a las canciones del momento, y su paladar a los cafés y los sabores del menú... y si el día no le regalaba los estímulos, se columpiaba en cualquier idea sin importancia dilatándola al máximo.

Con estas distracciones lograba eludir el incómodo silencio donde no se reconocía enteramente él, y era escondido entre sus pensamientos y los estímulos que la ciudad le enviaba, donde ignoraba sus pesares y volvía a ser un hombre común, aquel que creía que lo tenía todo.

Tapar la intuición con impostura era agotador y Martín, finalmente, no pudo sostenerse en la fuga constante donde gastó el mundo, lo hizo aburrido e incapaz de contener su desilusión: "Si no fuera por este sentido del deber y de la responsabilidad - que no sé de dónde lo saqué-, lo mandarían todo al cuerno" -se repetía en las noches mientras se iba adormeciendo.

Cuando agotó sus fuerzas se rindió y se dispuso entregarse al silencio, a la soledad y a lo que hiciera falta. De unos meses a esta parte, el deseo de saber quién era le atraía tanto como esquivarse. Y un día, mientras caminaba hacia el trabajo, dominado por un nuevo impulso, se dio vuelta encaminándose a casa. En el retorno, llamó a su secretaria y ajustaron su agenda para librar los cuatro siguientes días para la rendición.

Ya decidido sólo quería alejarse y entregarse finalmente a su otro yo: "A la montaña, —pensó—, donde pueda evitar a la gente." Ya en casa, localizó su vieja y descolorida mochila roja y la llenó con el saco de dormir y los víveres que encontró... y se sentó a

esperar a María. Quería justificarle su repentina decisión y ganar su consentimiento, pero la espera se alargaba y alargaba, y finalmente le escribió:

“María, espero que entiendas: me he tomado unos días para estar solo. No pasa nada grave, me voy a la montaña porque necesito estar solo y pensar. Ya sabes que últimamente no he estado muy centrado. Me urge hallar respuestas y tendré cuatro días para encontrarlas. Quizá solo sea un ajuste metabólico de esos que necesita el cuerpo cada diez años. Un beso. Nos vemos el viernes.

Dejó la carta sobre la mesa y corrió escaleras abajo. Bajando, ya no quería encontrarse con María ni dar explicaciones. Trepó al coche y condujo veloz por la ciudad... Y aunque se sentía cansado, cuidó de su impulso para que no se agotase antes de salir de Barcelona. Alejarse le producía tanto alivio como miedo... Hacía años que no iba a la montaña ni estaba solo. El coche se rodaba hacia el norte de aquel invierno mientras la noche comenzaba a lloverse en su parabrisas.

II

El hambre lo paró junto a un bar de carretera... corrió hacia la puerta para no ser abordado por el frío, aunque adentro estaba igual de desolado. El camarero, el único que deambulaba por allí, le dejó el bocata en la barra y se retiró. Mientras se calentaba con la taza las manos, tomó un sorbo de café y se percató que todavía no tenía destino. Aquella ruta podía llevarle hacia los Pirineos que frecuentó en su juventud. De allí a Monzón, 30 kilómetros y podía seguir por pequeñas, sinuosas y trepadoras carreteras que le llevarían hacia la necesitada soledad. Contento con el plan, pagó, y subió al coche acelerando de nuevo.

Conduciendo recordó las casas de piedra de Niaucse, un pequeño pueblo abandonado a gran altura donde podría guarecerse... Mientras avanzaba abriéndose camino con un surco de luz también parecía que se acercaba a sus miedos, dudas e incertidumbres: “Estás haciendo una locura” –se dijo varias veces-...

Una vez tan fatigado para seguir avanzando como para retrocederse, buscó un improvisado lugar para descansar. Sabía que en aquella ruta no hallaría hotel ni pensión, así que se salió de la carretera por una pista forestal que se adentraba en los campos de cultivo... sólo necesitaba un suelo plano y sin piedras para tender el saco y dormirse.

Se detuvo junto a una pequeña meseta. A lo lejos, resplandecían destellos luminosos de varios pueblos que ayudaban a darse cuenta de que aquello era la oscuridad. Martín salió al frío y sintió la noche como una excitante alegría, como un recuerdo infantil que le sabía a vuelta a casa. Allí, la noche, le resultó fascinante: las sombras no le ofrecían detalles donde fijarse, la negrura lo diluía y no sentía necesidad de destacarse, de reconocerse separándose. Seducido por la penumbra, dejó caer el saco

en la tierra y avanzó hacia el bosque. Guiado por susurros, se adentró como el niño curioso que se olvidó que era y corrió en el bosque sintiéndose profundamente vivo.

Jadeando, se sentó junto a un árbol inmenso donde no le importó el transcurrir del tiempo: Estaba solo al fin y se sentía bien... y se hubiera quedado en aquella galaxia toda la noche de no ser por el viento frío que le azuzó a moverse. Caminó y caminó... y se sintió perdido. En la oscuridad no había manera de orientarse... y un ruido sin rostro, prendió su rescoldo de miedo, lo avivó y transformó aquel paraíso en un espejo roto y amenazante: "Moriré de frío si no logro llegar al coche pronto" –pensó-. Y corrió de nuevo la oscuridad hasta que un golpe fuerte lo tumbó haciéndolo rodar por el suelo.

Ya sobre la tierra e inmovilizado, intentó traducir los sonidos que lo rodeaban... Sintió pánico de ser aniquilado por un psicópata que hizo de los árboles su locura, se imaginó devorado por una fiera hambrienta, por una bestia sobrenatural que se cobraba una deuda incomprensible... y ya, la imaginación desbocada, lo acorralaron todos los miedos explorados por el cine de terror sin que ningún desenlace fatal se consumase. Tendido y tiritando en el suelo, se dio cuenta de que estaba sobre su saco y de un salto se metió en el coche, puso los seguros y se tranquilizó. Guarecido, cansado y con el hombro adolorido se acurrucó en el asiento... y se durmió....

5. México

I

Martín partió hacia México en la madrugada del final de verano. Cuando despegó el avión, el sol se levantaba para ir a trabajar mostrándole las calles emblemáticas de su ciudad y la arteria vital de La Rambla. Luego apareció Montserrat, la montaña de las agujas de piedra... y enseguida, los Pirineos, que ya le pillaron con las emociones y turbulencias de revivir que en algunos de aquellos pequeños picos, se guardaba la memoria de Niaucese y su relator y fugaz amigo, Vicente el cabrero.

El avión grande, despegó de Londres, donde Martín sintió cosquillas en el estómago como señal de incertidumbre, aunque ya no podía decirle al piloto "Pare, que me bajo". El vuelo fue generoso y le mostró extraordinarias nubes, y los últimos flecos de las faldas heladas de Groenlandia, allí donde el agua se duerme en el tiempo; así, curioseando el Cielo y el agua marina se durmió y cuando abrió los ojos de nuevo, apareció en la costa del continente americano, mientras se daba cuenta que todavía no asimilaba el salto que estaba dando.

Cuando el avión se acercó a la ciudad de México, vio las montañas cercanas acunándola con sus grandes brazos de tierra, destacándose inquieto el volcán Popocatepetl, el vigía que controla el paso de los vientos y las estaciones sobre ese lago seco y de cemento reciente que alumbraba todavía con luces del pasado. La luminaria citadina, se perdía en un horizonte nocturno tan inmenso que le asustaba.

-“No podré... nunca podría encontrar la estación de autobuses allí abajo” – se dijo- ... Los coches, que circulaban la avenida arriba y abajo, parecían luciérnagas... y en el momento de posar las extremidades del pájaro metálico sobre la rama ancha y pavimentada de asfalto, se dio cuenta de que no estaba soñando... y que había llegado...

III

...

Pero aún estaban las montañas por encima del poblado, majestuosas, y las nubes amigables y juguetonas acariciándoles por encima de sus cabezas... y mientras su mirada corría en fuga por las laderas de aquellos pastos, un niño pequeño lo devolvió a Huautla señalándole la punta más alta:

—Es el Chicón Tocosó, el Cerro de las Ofrendas. Ahí merito está el centro del mundo - le aseguró-.

Martín, volvió a mirar la montaña y no se atrevió a desmentir al pequeño. Impulsivamente empezó a caminar buscando la cima y siguió la calle central del poblado que ascendía, siempre sin perderla de vista. El niño se caminó tras él y se ofreció a enseñarle el rumbo. Caminaron lo suficiente para que el “güerito” se diese cuenta de su baja condición física y fatigada intención.

Cuando por fin alcanzaron el Chicón Tocosó, vieron la Sierra desplegando sus alas en el horizonte. Huautla resbalaba sobre la ladera oeste, abajo el río y se veían pequeños poblados y rancherías que macheteaban la vegetación espesa de un verde inexplorado buscando también su propio lugar.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Martín al pequeño.

—Javier — le dijo el chiquillo lleno de curiosidad por saber más del recién llegado.

—Mi nombre es Martín... Todo esto parece un sueño, Javier.

El niño, devolviéndole la imagen con sus ojos espejo, añadió:

—Sí, Martín... pero es la realidad.

Tras un silencio, Martín sacó la vela que había comprado en la tiendita donde descansaron en la subida, la depositó en el suelo y prendió su llama como ofrenda. El pequeño le había explicado que era costumbre y señal de respeto cuando se subía a los territorios del Chicón Nindó, que era el guardián de la montaña.

Mientras la llamita tomaba impulso, sonó un estruendoso altavoz rompiendo el encantamiento. El ruido venía desde un pueblo cercano de la loma de enfrente.

—Son los de Santa Catarina -dijo Javier-... les gusta mucho la música...

La letra del estruendo decía más o menos así: “Digo con razón que tú te ves bien buena, pareces una botella de Coca Cola... te ves bien bien buena, te ves bien buena”...

Si era un presagio, parecía raro y provocó el colapso mental de Martín, que no podía conjugar la belleza y la reverencia ritual en la que se había sumido junto al Cerro con el contenido de la letra que reverberaba por aquella inmensidad.

Mientras iniciaban el retorno bajando de la montaña, el pequeño Javier le confió que era nieto de María Sabina, -la mera mera de las curanderas- dijo el niño -... Curandero o Chojta son “los que ven y saben” -añadió- ... y Martín tuvo que sentarse para no desfallecer.

—¿Qué te pasó, güerito? —le preguntó el pequeño Javier.

Martín tardó en recuperar el aliento y le contestó:

—¿Sabes Javier?, en mi país ya había escuchado de tu abuela.

—¿Y dónde está tu país? —le preguntó intrigado el pequeño.

—Pues está allá, del otro lado del mar.

—¿Y en qué parte de México está eso?

—Pues no está en México, está en España, otro país, un lugar lejano.

—Aquí somos Oaxaca, esto es otro país —afirmó Javier —

Martín entendió que si seguía hablando no saldrían de aquel lio territorial, y le pidió al pequeño que le contara algo más sobre su abuela.

—Pues era una anciana con mucha fuerza cuando hacía las ceremonias de los honguitos.

—¿Y para qué tomaba los honguitos, Javier?

—Pues para *Ver*, para eso los tomaba.

—¿Y qué veía tu abuela?...

Con esta pregunta, Martín se dio cuenta de que

Índice

1.	Martín	5
2.	Niaucse	8
3.	La carta	16
4.	Galeno Risco y la locura	20
5.	México	30
6.	Flor	38
7.	El doble	48
8.	El retorno	58
9.	La gente y La Sierra	65
10.	Los durmientes	71
11.	La puerta	79
12.	La Totalidad	85
	Sobre el autor	96